

LLAMAMIENTO DEL REY ETERNO - QUE HEMOS DE SALIR AL ENCUENTRO Y RECIBIR AL REY DEL CIELO [PLÁTICAS Y MEDITACIONES - PLÁTICA 3ª]

[Audio [SoundCloud](#)] [Audio [G Drive](#)]

«Decid a la hija de Sion: Mira que viene a ti tu rey, manso y humilde» (Mt 21, 5).

3. Goza y alégrate, alma fiel, porque viene a ti el rey del cielo.

Este es tu Señor y tu Dios, tu criador y tu redentor, por mucho tiempo esperado, con grande ardor deseado y ya preparado a la venida.

No temas, hija de Sion, mira que viene tu rey¹.

Mira el cielo, de donde sale; mira el mundo, en el que entra; mira a su diestra la ley de fuego, a su siniestra sus riquezas y gloria.

Mira a su alrededor los ángeles y arcángeles, delante de Él los Profetas, a su lado los Apóstoles, en pos de Él innumerables coros de santos.

Mira cuán grande es éste que viene; a cuyo encuentro salen las Dominaciones, a quien sirven todas las Virtudes de los cielos.

Mira que viene como rey piadoso y manso, pobre y humilde, el que ha de juzgar al mundo con equidad y justicia.

Dichosos los ojos que ven esto y consideran para su edificación las obras del rey eterno.

Porque no verán en ellas las pompas de este mundo, sino todo linaje de humildad y mansedumbre.

Dichosos todos los que tienen ojos iluminados con la luz del espíritu y con la luz de la fe miran la luz de la verdad eterna.

5. Mirad que nuestro rey viene de los cielos; salgamos a su encuentro con alegría y recibámoslo con devotos abrazos.

Alégrense los cielos², esto es, los elevados contemplativos, y dé saltos de placer la tierra, esto es, los sencillos, los que se dedican a la vida activa ante la faz del Señor; porque viene, porque viene a salvarnos y a dársenos.

Montes, cantad alabanzas³, y los doctores de la palabra destilen dulcedumbre⁴ y los collados manen leche y miel⁵, para espiritual consuelo de todos nosotros.

Cantad con la trompeta en Sion⁶; sacudan su inacción todos los perezosos, reúnanse los que andan dispersos, confórtense los pusilánimes, consuélense los tristes, levántense los enfermos⁷: acudan todos; cada cual venga con prisa de su sitio, porque se acerca el día grande de Israel, el día santo del Señor, el día de fiesta del Rey eterno.

Alégrate, Jerusalén y haced corro todos los fieles que amáis a Jesucristo, gozo de los que le aman.

Porque no aparecerá en tumulto y con grande aparato, mas lo veréis en espíritu de mansedumbre y lenidad⁸.

¹ Mt 21, 5

² Sal 95, 11

³ Dn 3, 75

⁴ Sal 96, 5

⁵ Joel 3, 8

⁶ Joel 2, 15

⁷ Joel 2, 15-16

⁸ Nota de la presente edición: blandura, suavidad.

Gócese, pues, y prepárense todos los pueblos, tribus y lenguas.

Pero tú, alma devota, hija de Sion, que tienes toda tu intención puesta en Dios, tú alégrate sobremanera.

Porque a ti se te dice de parte de Dios por el Profeta, a ti se te encarga de un modo especial, a ti se te llama amistosamente por tu nombre⁹, para que oigas y veas quién es el que ha de venir a ti.

He aquí que tu Rey viene a ti¹⁰.

Mira a tu Rey, no terrenal, no temporal ni mortal, sino celeste, eterno e inmortal.

Mira que viene no a reinar en el mundo, sino a salvarlo con su sangre.

7. Pero ¿por qué causa viene? Viene por causa de su excesiva caridad con la cual te amó¹¹, para redimir al que sabía estaba perdido. Viene por causa de tu necesidad y flaqueza, que era muy grande y varia. Viene para librarte de los pecados y limpiarte con su preciosa sangre.

Viene para ilustrar tu ignorancia y mostrarte el camino de la verdad. Viene para ayudar tu flaqueza y enseñarte la paciencia en las cosas adversas. Viene para apartarte de la afición a las cosas terrenas y levantarte a amar las celestiales.

Viene para predicar las virtudes y poner fin a los vicios. Viene para infundir la gracia y recrear el alma con la dulzura de las consolaciones espirituales. Viene para darte la eterna bienaventuranza y sufrir por ti las miserias temporales.

Viene para hacerte entrega de todos sus bienes y por añadidura entregársete a sí mismo, para que goces de Él para siempre.

Porque para que tú gozases eternamente, vino Él a sufrir dolores y trabajos. Para que tú te enriquecieses vino Él a sufrir la pobreza. Para que tú reinases vino Él a desterrarse.

Vino como camino al que andaba errante, como verdad al que era ignorante, como vida al que estaba muerto¹², como médico al que estaba enfermo, como consolador al desconsolado, como libertador al condenado, como consejero al engañado, como salvador al desahuciado.

Mira para qué vino y cuánto bien te trajo con su venida saludable.

8. No envió Dios a un Ángel, no a un Arcángel, no a un profeta, sino que vino Él mismo, el Rey de los Ángeles y Señor de los Profetas, para librarte, porque el mismo es el Señor tu Dios, que te crió¹³.

Todos los reyes y profetas que hubo antes de él, no pudieron librar a nadie de las manos de la muerte ni conducirlo a la vida eterna; pero este Rey potentísimo y magnífico por los siglos librará a su pueblo de mano de la muerte, destruirá las cadenas del infierno y llevará a sus escogidos al paraíso.

†

¡Ave María y adelante!

⁹ Is 43, 1

¹⁰ Zac 9, 9

¹¹ Ef 2, 4

¹² Jn 14, 6

¹³ Dt 32, 6